

Los soles griegos

Hugo Gutiérrez Vega

UN CUERPO COMO UNA ISLA

Verte desnuda es
recordar la tierra

Federico García Lorca

Por las arduas colinas de tu cuerpo
van mis ojos desnudos contemplando
los tersos panoramas, precipicios
y el bosque primordial que mi deseo
exalta en la constante ceremonia
de mirarte, llamarte desde el fondo del ser,
de contemplarte como se ven los campos en otoño
o las vertiginosas catedrales erguidas en la niebla
y entrevistas en la región sin nombre de la aurora.
Eres como una isla, te rodeo
y me ajusto a tus formas.
Me impide hacerles modificaciones
el antiguo temor de hacerte daño.
Por eso me mantengo en tus orillas
y tierra adentro sólo van mis ojos.

IGLESIA EN EL CAMPO

En medio de este campo con higueras,
la cúpula blanqueada resucita
historias de Bizancio,
un Bizancio sin oro, sin mosaicos,
íntimo y campesino.
La veladora tiembla
y deshace los rasgos
de un San Antonio adusto.
La viejecita inclina
la cabeza de humo,
los gólgotas le cruzan
el pecho desolado.
Un San Antonio pálido
y ningún Pantocrátor.
La iglesita entre higueras
y su cúpula blanca
son un punto perdido,
una voz silenciosa,
un camino truncado,
un rezo y un olvido.

PRESENCIAS EN DAFNI

a Selma Ancira

Si usted se cubre un
ojo, la mirada del
Pantocrátor se dulcifica.

Ianis Kanenas

La mañana con pájaros
y viento comedido
tenía un dedo en los labios:
“para llegar a Dafni
hay que bajar la voz”.

Piedras grises, mosaicos
ardiendo bajo el sol.

El alto Pantocrátor
fulminando sin furia.

Nace el señor,
la virgen, presentada en el templo,
tiene en las manos tensas
algo premonitorio.

En los muros, la historia
de los tiempos judíos
se ponía los colores
y rostros de Bizancio.

Afuera, el dios Apolo
danza entre las columnas;
en las aguas del pozo
su canción sumergida.

Arde Dafni en el día,
el Pantocrátor rige,
se despereza Apolo
y una brisa de albahaca
nos llega de la tierra.

PASANDO POR METEORA

De pronto, de pronto
el frenesí nos dejará, cesará
de correr por esos canales
rojos de nuestra vida que con
tanta frecuencia ha recorrido,
y otra clase de gusano roerá
esa gran vida de la cual se
nutría.

Thomas Wolfe

Como si al despertar no conociéramos
el cuerpo que nos une con la tierra;
como si al caminar ya no escucháramos
nuestros antiguos pasos;
como si al saludar ya no encontráramos
la certidumbre del conocimiento;
como si nuestra casa, de repente,
fuera una circunstancia hostil y muda;
como si nuestras gentes, con súbita actitud,
nos olvidaran. . .
Así unos días del año nos sentimos
y bajamos los ojos
e inclinamos el torso,
nuestras manos se aferran
a los muros del aire.

Flotamos. . .
y la vida nos deja en la caída.
¿Hacia dónde caemos?
¿en qué agujero inmenso se hundirá nuestro cuerpo?
¿y quién podrá salvarnos?
¿quién, en esta mañana y en esta tierra ajenas
nos tenderá las manos, detendrá la caída?
Nadie. Sólo nosotros, sólo lo que hemos sido,
los días acumulados con sus flores serenas,
con las santas muchachas de mirada segura,
los paseos por el bosque, las sabias madrugadas
descubriendo el suntuoso resplandor de la carne.
El frenesí está muerto y las manos lo extrañan,
pero no volverá.
¿Vendrá después el viento a destrozar las ramas,
quedará sólo el miedo con sus garfios nocturnos?
No. . . no sabemos nada. . .
tan sólo que la vida sabe lo que ignoramos.
Nuestros pasos olvidan las curvas del camino.
Perplejos, agotados, mas con ganas de vida,
ese viento incesante nos lleva entre sus manos. ♦